

AP Spanish Literature and Culture – Summer Work

Las partes del trabajo

- I. Familiarízate con el examen (**1 prueba**)
- II. Revisar términos literarios (**1 nota**)
- III. Comprensión de lectura (**2 notas**)

I. Familiarízate con el examen

1. Familiarízate con el examen, ve a este sitio web lee, analiza y estudia todo lo que puedas acerca del examen de AP Literatura - estructura del examen, lista de obras requeridas, temas del AP, etc.

http://apcentral.collegeboard.com/apc/public/courses/teachers_corner/3500.html#modules

2. En este otro Website encontrarán diferentes exámenes con las respuestas y documentos para estudiar y practicar las diferentes preguntas del Test de AP Spanish Literature.

<https://www.examresources.org/advanced-placement/world-languages>

II. Términos literarios

1. Como esta es una clase de literatura, hay que saber los términos que vamos a usar en la clase para analizar y hablar de las obras. Revisa el paquete “Glossary of Literary Terms for the AP Spanish Literature and Course” y resalta (*highlight*) los términos que ya sabes o dominas – no tengas miedo si no son muchos, pero piensa en lo que has estudiado en las clases de inglés para guiarte.

https://secure-media.collegeboard.org/apc/AP_SpanishLiteratureGlossaryOfLiteraryTerms.pdf

2. Ve al siguiente sitio web donde encontrarás un set de Quizlet para practicar los términos. Habrá una prueba la primera semana de clase.

https://quizlet.com/_2bsc4z

3. Debes buscar tarjetas (index cards) y copiar los recursos literarios (figuras retóricas). Por un lado de las tarjetas escribe el nombre del recurso literario. Por el otro lado, escribe una definición (en inglés) y un ejemplo. Si puedes, deja espacio para que puedas escribir más ejemplos durante todo el curso. Debes traerlas a clase y debes guardarlas en un lugar que no se dañen.

Debes entregar todas estas tarjetas la primera semana de clase para recibir una nota.

III. Comprensión de lectura

1. Lee la obra - "El Hijo" de Horacio Quiroga
2. Responde las preguntas de comprensión. Para que puedas analizarlas mejor, lee y estudia la época y datos biográficos del autor.

"El Hijo" – Horacio Quiroga [Libro "Reflexiones", páginas 332 a la 336 de Rodney T. Rodríguez, Pearson Prentice Hall]

Horacio Quiroga, "El hijo"



Autor: Horacio Quiroga (1878-1937)
Nacionalidad: Uruguayo
Datos biográficos: Llevó una vida trágica. Presenció el suicidio de su padrastro, y luego el de su esposa. Mató accidentalmente a un amigo y él mismo, al enterarse de que tenía cáncer, se suicidó.
Época y movimiento cultural: Realismo/Naturalismo; Modernismo
Obras más conocidas: *Cuentos de locura, de amor y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918)
Importancia literaria: Alcanza la perfección formal del relato corto, dándole prestigio a ese género. Fue uno de los autores más estimados por los escritores del Boom.

En contexto

Quiroga vivió en la provincia selvática y subtropical de Misiones, una región muy aislada e indomable en el noreste de Argentina, cuya tierra es de un colorado intenso.

"El hijo"

Es un poderoso día de verano en Misiones¹ con todo el sol, el calor y la calma que puede deparar la estación. La naturaleza, plenamente abierta, se siente satisfecha de sí.
Como el sol, el calor y la calma del ambiente, el padre abre también su corazón a la naturaleza.
—Ten cuidado, chiquito —dice a su hijo abreviando en esa frase todas las observaciones del caso y que su hijo comprende perfectamente.

¹Ver En contexto.

—Sí, papá —responde la criatura, mientras coge la escopeta y carga de cartuchos² los bolsillos de su camisa, que cierra con cuidado.

—Vuelve a la hora de almorzar —observa aún el padre.

—Sí, papá —repite el chico.

Equilibra la escopeta en la mano, sonríe a su padre, lo besa en la cabeza y parte. 10

Su padre lo sigue un rato con los ojos y vuelve a su quehacer de ese día, feliz con la alegría de su pequeño.

Sabe que su hijo, educado desde su más tierna infancia en el hábito y la precaución del peligro, puede manejar un fusil y cazar no importa qué. Aunque es muy alto para su edad, no tiene sino trece años. Y parecería tener menos, a juzgar por la pureza de sus ojos azules, frescos aún de sorpresa infantil. 15

No necesita el padre levantar los ojos de su quehacer para seguir con la mente la marcha de su hijo: Ha cruzado la picada³ roja y se encamina rectamente al monte a través del abra⁴ de espartillo.

Para cazar en el monte —caza de pelo— se requiere más paciencia de la que su cachorro puede rendir. Después de atravesar esa isla de monte, su hijo costeará la linde de cactus hasta el bañado, en procura de palomas, tucanes o tal cual casal de garzas, como las que su amigo Juan ha descubierto días anteriores. 20

Solo ahora, el padre esboza una sonrisa al recuerdo de la pasión cinegética⁵ de las dos criaturas. Cazan sólo a veces un yacútoro, un surucú —menos aún— y regresan triunfales. Juan a su rancho con el fusil de nueve milímetros que él le ha regalado, y su hijo a la meseta, con la gran escopeta Saint-Etienne⁶ calibre 16, cuádruple cierre y pólvora blanca. 25

Él fue lo mismo. A los trece años hubiera dado la vida por poseer una escopeta. Su hijo, de aquella edad, la posee ahora; —y el padre sonríe.

No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra fe ni esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él, libre en su corto radio de acción, seguro de sus pequeños pies y manos desde que tenía cuatro años, consciente de la inmensidad de ciertos peligros y de la escasez de sus propias fuerzas. 30

Ese padre ha debido luchar fuertemente contra lo que él considera su egoísmo. ¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, siente un pie en el vacío, y se pierde un hijo! 35

El peligro subsiste siempre para el hombre en cualquier edad; pero su amenaza amengua si desde pequeño se acostumbra a no contar sino con sus propias fuerzas.

De este modo ha educado el padre a su hijo. Y para conseguirlo ha debido resistir no sólo a su corazón, sino a sus tormentos morales; porque ese padre, de estómago y vista débiles, sufre desde hace un tiempo de alucinaciones. 40

Ha visto, concretados en dolorosísima ilusión, recuerdos de una felicidad que no debía surgir más de la nada en que se reclusó.⁷ La imagen de su propio hijo no ha escapado a este tormento. Lo ha visto una vez rodar envuelto en sangre cuando el chico percutía⁸ en la morsa⁹ del taller una bala de parabellum, siendo así que lo que hacía era limar la hebilla¹⁰ de su cinturón de caza.

²munición

³avet.: camino estrecho

⁴un claro en el bosque (o sea, donde no hay árboles, en este caso espartillos)

⁵adj.: perteneciente a la caza

⁶marca en Francia donde se fabrican escopetas

⁷encerró

⁸pell.: golpeaba

⁹tornillo de banco (para sujetar algo)

¹⁰pieza al extremo del cinturón para ajustarlo

Horribles cosas... Pero hoy, con el ardiente y vital día de verano, cuyo amor su hijo parece haber heredado, el padre se siente feliz, tranquilo y seguro del porvenir.

En ese instante, no muy lejos, suena un estampido.

—La Saint-Etienne... —piensa el padre al reconocer la detonación—. Dos palomas de menos en el monte...

Sin prestar más atención al nimio¹¹ acontecimiento, el hombre se abstrae de nuevo en su tarea.

El sol, ya muy alto, continúa ascendiendo. Adonde quiera que se mire —piedras, tierra, árboles— el aire, enrarecido como un horno, vibra con el calor. Un profundo zumbido¹² que llena el ser entero e impregna el ámbito hasta donde la vista alcanza, concentra a esa hora toda la vida tropical.

El padre echa una ojeada a su muñeca: las doce. Y levanta los ojos al monte.

Su hijo debía estar ya de vuelta. En la mutua confianza que depositan el uno en el otro —el padre de sienes plateadas y la criatura de trece años— no se engañan jamás. Cuando su hijo responde: —Sí, papá, haré lo que dice. Dijo que volvería antes de las doce, y el padre ha sonreído al verlo partir.

Y no ha vuelto.

El hombre torna a su quehacer, esforzándose en concentrar la atención en su tarea. ¡Es tan fácil, tan fácil perder la noción de la hora dentro del monte, y sentirse un rato en el suelo mientras se descansa inmóvil...

Bruscamente, la luz meridiana, el zumbido tropical y el corazón del padre se detienen a compás de lo que acaba de pensar: su hijo descansa inmóvil...

El tiempo ha pasado: son las doce y media. El padre sale de su taller, y al apoyar la mano en el banco de mecánica sube del fondo de su memoria el estallido de una bala de parabellum, e instantáneamente, por primera vez en las tres horas transcurridas, piensa que tras el estampido de la Saint-Etienne no ha oído nada más. No ha oído rodar el pedregullo bajo un paso conocido. Su hijo no ha vuelto, y la naturaleza se halla detenida a la vera¹³ del bosque, esperándolo...

¡Oh! No son suficientes un carácter templado y una ciega confianza en la educación de un hijo para ahuyentar¹⁴ el espectro de la fatalidad que un padre de vista enferma ve alzarse desde la línea del monte. Distracción, olvido, demora fortuita: ninguno de estos nimios motivos que pueden retardar la llegada de su hijo, hallan cabida en aquel corazón.

Un tiro, un solo tiro ha sonado, y hace ya mucho. Tras él el padre no ha oído un ruido, no ha visto un pájaro, no ha cruzado el abra una sola persona a anunciarle que al cruzar un alambrado, una gran desgracia...

La cabeza al aire y sin machete, el padre va. Corta el abra de espartillo, entra en el monte, costea la línea de cactus sin hallar el menor rastro de su hijo.

Pero la naturaleza prosigue detenida. Y cuando el padre ha recorrido las sendas de caza conocidas y ha explorado el bañado en vano, adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al cadáver de su hijo.

Ni un reproche que hacerse, es lamentable. Sólo la realidad fría, terrible y consumada: Ha muerto su hijo al cruzar un...

¡Pero dónde, en qué parte! ¡Hay tantos alambrados allí, y es tan tan sucio el monte!... ¡Oh, muy sucio!... Por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano...

El padre sofoca un grito. Ha visto levantarse en el aire... ¡Oh, no es su hijo, no!... Y vuelve a otro lado, y a otro y a otro...

¹¹ insignificante

¹² sonido sordo

¹³ orilla

¹⁴ hacer huir, apartar de su mente

Nada se ganaría con ver el color de su tez y la angustia de sus ojos. Ese hombre aún no
 ha llamado a su hijo. Aunque su corazón clama por él a gritos, su boca continúa muda. Sabe
 bien que el solo acto de pronunciar su nombre, de llamarlo en voz alta, será la confesión de su
 muerte...

90

—¡Chiquito! —se le escapa de pronto.

Y si la voz de un hombre de carácter es capaz de llorar, tapémonos de misericordia los oídos
 ante la angustia que clama en aquella voz.

95

Nadie ni nada ha respondido. Por las picadas rojas de sol, envejecido en diez años, va el padre
 buscando a su hijo que acaba de morir.

—¡Hijito mío!... ¡Chiquito mío!... —clama en un diminutivo que se alza del fondo de sus
 entrañas.

100

Ya antes, en plena dicha y paz, ese padre ha sufrido la alucinación de su hijo rodando con la
 frente abierta por una bala al cromo níquel. Ahora, en cada rincón sombrío del bosque ve cen-
 telleos de alambre; y al pie de un poste, con la escopeta descargada al lado, ve a su...

—¡Chiquito!... ¡Mi hijo!...

Las fuerzas que permiten entregar un pobre padre alucinado a la más atroz pesadilla tienen
 también un límite. Y el nuestro siente que las suyas se le escapan, cuando ve bruscamente
 desembocar de un pique¹⁵ lateral a su hijo.

105

A un chico de trece años bástale ver desde cincuenta metros la expresión de su padre sin
 machete dentro del monte, para apresurar el paso con los ojos húmedos.

—Chiquito... —murmura el hombre.

110

Y, exhausto, se deja caer sentado en la arena albeante,¹⁶ rodeando con los brazos las piernas
 de su hijo.

La criatura, así ceñida, queda de pie; y como comprende el dolor de su padre, le acaricia
 despacio la cabeza:

—Pobre papá...

115

En fin, el tiempo ha pasado. Ya van a ser las tres. Juntos, ahora, padre e hijo emprenden el
 regreso a la casa.

—¿Cómo no te fijaste en el sol para saber la hora?... —murmura aún el primero.

—Me fijé, papá... Pero cuando iba a volver vi las garzas de Juan y las seguí...

—¡Lo que me has hecho pasar, chiquito!...

120

—Piapiá... —murmura también el chico

Después de un largo silencio:

—Y las garzas, ¿las mataste? —pregunta el padre.

—No...

¹⁵ *asea*: camino pequeño

¹⁶ *blanca*

Nimio detalle, después de todo. Bajo el cielo y el aire candentes, a la descubierta por el abra de espartillo, el hombre vuelve a casa con su hijo, sobre cuyos hombros, casi del alto de los suyos, lleva pasado su feliz brazo de padre. Regresa empapado de sudor, y aunque quebrantado de cuerpo y alma, sonríe de felicidad...

Sonríe de alucinada felicidad... Pues ese padre va solo. A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío. Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana.

Comprensión

1. ¿Cómo reacciona el padre al enterarse de que su hijo va de caza?
 - ¿Por qué no está demasiado preocupado?
2. ¿Qué relación hay entre padre e hijo?
 - ¿Cómo lo ha educado?
 - ¿Por qué tienen una relación tan inseparable?
3. ¿Qué piensa el padre cuando oye el disparo de la escopeta?
 - ¿Qué es la primera premonición de que algo le ha pasado a su hijo?
4. ¿Qué le había pasado al hijo?
5. ¿Cómo reacciona el padre ante este suceso?